

EL PUEBLO Y EL REY

Por Juan DIEZ NICOLAS

Es un hecho evidente, constatado empíricamente en numerosas investigaciones, que los españoles no son monárquicos (en sentido histórico - sentimental), pero muy mayoritariamente aceptan, valoran y respetan al Rey Juan Carlos por encima de cualquier otra institución o líder político de la España actual. Puede afirmarse rotundamente, sin eufemismos, adulaciones ni demagogias, que el Pueblo está con el Rey. Utilizando la ya clásica explicación de Max Weber sobre la legitimación del poder, puede comprobarse que, para inmensa mayoría de los españoles, la legitimación inicial

Rey no se basó en la tradición, ni en el carisma, sino que fue eminentemente racional.

En efecto, para los españoles de izquierda (tradicionalmente republicanos) y los de derecha (acostumbrados durante cuarenta años a un poder personalista, carismático), la aceptación del Rey fue principalmente fruto de una decisión racional. El Pueblo español apostó por el Rey Juan Carlos porque confió en su capacidad para dirigir, desde la imparcialidad, el tránsito sin sobresaltos, sin inmovilismos ni revoluciones, desde un régimen autoritario a un sistema democrático. Porque sus actuaciones en los años precedentes habían dejado muy claras sus intenciones, como luego afirmaría en su primer mensaje a la nación, de ser el "Rey de todos los españoles". Ha escuchado a todos y ha dialogado con todos, primero en su residencia de La Quinta, luego en el Palacio de la Zarzuela, y a todos sus interlocutores ha logrado transmitirles siempre su firme propósito de ser el Rey de la reconciliación nacional, el Rey constitucional, capaz de comprender los cambios que se han producido en la estructura social de España y en los sistemas de valores de los españoles, y de actuar en consecuencia.

Pasados estos diez años se ha podido comprobar, asimismo, que el Rey se ha ido convirtiendo también en un líder carismático, probablemente sin proponérselo de manera intencionada. Sus viajes por distintos lugares de España, su presencia en diferentes actos y acontecimientos sociales, sus viajes a otros países, siempre parecen enmarcados en la más estricta normalidad, sin buscar triunfalismos ni manifestaciones plebiscitarias. Parece como si el Rey, y a todos los efectos, la Reina y los demás miembros de la Familia Real, quisieran participar en la vida española alterando lo menos posible las situaciones sociales en que participan; su presencia en las fiestas de Valdesquí, Sierra Nevada o Baqueira, por ejemplo, debe ser advertida solamente cuando de pronto se está junto a

ellos guardando cola, al igual que sucede con su presencia en muchos otros lugares, desde tiendas o restaurantes a cines o conciertos.

Así, el pueblo español, que intuitiva y reflexivamente confió en su capacidad para afrontar el reto que suponía impedir que se produjese un vacío de poder en 1975, se ha acostumbrado a confiar también en su capacidad para superar las crisis que se han ido presentando a lo largo de estos diez años. De todas ellas, sin lugar a dudas, la prueba más importante es la que deparó la noche del 23-F. La prudencia, serenidad y habilidad del Rey para superar aquella crisis fueron el mejor tranquilizante para un pueblo que, por otra parte, supo estar en todo momento a la altura de las circunstancias.

El pueblo español ha podido comprobar que afirmaciones como la de ser "Rey de todos los españoles" e impedir "cualquier tipo de privilegio" han sido más que palabras: han sido hechos probados. Si alguien pensó que la aristocracia pudiese volver a su situación privilegiada de otros tiempos, ha podido verificar que ni ha sido especialmente favorecida ni tampoco maltratada. Personas de muy diferentes clases y grupos sociales siguen teniendo fácil acceso a las audiencias reales, oficiales o privadas. Se ha demostrado que el sistema de las autonomías es perfectamente compatible con la unidad de España, hasta el punto de que ésta es menos cuestionada por los españoles ahora de lo que lo era hace diez o quince años. Se ha demostrado que la actual monarquía constitucional es perfectamente compatible con gobiernos de muy diferente ideología, y que el trato del Rey a los diferentes gobiernos, y de los diferentes gobiernos hacia el Rey, ha sido muy semejante en todos los casos.

Así pues, la inicial legitimación racional del poder del Rey está, paulatinamente, complementándose con una legitimación carismática (más afectiva), que es consecuencia de la propia actuación personal del Rey y de sus contactos con el pueblo español, contactos que no sólo no ha perdido, sino que parecen incrementarse cada día.

No parece que nadie haya sentido la necesidad de hablar de un "síndrome de La Zarzuela", de manera semejante a como en diversas ocasiones se ha hablado del síndrome de "La Moncloa".



Por el contrario, todos los indicadores sugieren que el Rey conecta cada vez mejor con el pueblo, y no sólo con los gobernantes (sean de la ideología que sean), y que el pueblo español conecta cada vez mejor con su Rey.

Por ello, parece lógico esperar que las propias actuaciones del Rey Juan Carlos estén logrando para su sucesor, el Príncipe Felipe, una tercera vía complementaria de legitimación: la de la tradición, completando así las tres fuentes de legitimación del poder en la sociedad a que se hacía antes referencia.

En definitiva, en estos diez años se ha consolidado la monarquía parlamentaria, se ha consolidado la unidad de España a través del pluralismo autonómico, y se han revalorizado los símbolos nacionales tradicionales (como la Bandera) y los nuevos (como la Constitución), y todo ello dentro de los principios de libertad y democracia vigentes en la Comunidad Europea en la que España se integra, precisamente al celebrarse esta primera década.